

La Pontificia Universidad Católica de Chile se adhiere con verdadera satisfacción a los homenajes rendidos al Instituto Nacional con motivo de celebrar éste, 180 años de vida.

A esta adhesión nos mueven múltiples razones.

En primer lugar, son muchos los ex-alumnos del Instituto que han continuado con nosotros sus estudios universitarios. El curso de la vida de tantos profesionales distinguidos ha hecho que las obras educativas de estas dos instituciones se entrelacen en un común servicio a la sociedad chilena.

En segundo término, admiremos la obra ya casi bicentenaria del Instituto, el nivel que su labor ha establecido para la educación nacional, y nos inclinamos ante la memoria de tantos de sus ilustres profesores que fueron figuras de primera importancia en la historia patria.

Pero en tercer lugar -y esto quisiera destacarlo- el Instituto Nacional es como la expresión de una singular y profunda vocación educativa que sintieron los padres de la patria y que ha configurado en no pequeña medida el ser nacional chileno.

Cuando se planteó nuestro proyecto de nación se expresaron las líneas directrices que iban a marcar un destino. Y para los patriotas de 1810, era la educación la fuerza que habría de modelar el país que nacía a la vida.

Así ya en 1811 Juan Egaña hablaba de lo que había de ser la "obra de Chile" : "un gran colegio de artes y ciencias, y sobre todo de una educación civil y moral capaz de darnos costumbres y carácter".

Y -aun parte de la falta de sentido práctico de esa proposición concreta de Egaña- ella anunciaba una lucha tenaz para desplazar formas ya marchitas de educación. Y reemplazarla por una concepción distinta, acorde con las necesidades de los tiempos, y cuya primera y principal concreción fué precisamente el Instituto Nacional con sus 18 cátedras, su carácter institucional que fusionaba establecimientos mortecinos y les infundía un nuevo soplo de vida y su lucha de treinta años, con una institución de venerable tradición, pero ya inadecuada como la Universidad de San Felipe, lucha que había de rematar por un lado, en la creación de la enseñanza secundaria, y por otro, en la fundación de la Universidad de Chile.

Por medio del Instituto Nacional, Chile nació a la vida independiente creando y desarrollando un proyecto educativo muy ambicioso para su época, y en el cual se halla el germen de mucho de lo bueno que tuvo nuestro país en los años que vendrían. Más que sus riquezas materiales, lo que ha hecho a nuestro país es la educación.